



Comte-Sponville: felicidad y conocimiento

Por Alfredo Barrera Baca¹

Para la Universidad Autónoma del Estado de México, entregar el Doctorado *Honoris Causa* al doctor André Comte-Sponville es un acontecimiento que estimula y renueva su proyecto internacional de cooperación académica, al tiempo que abre ventanas para mirar la obra de nuestra especie y muestra las tareas que nuestra colectividad realiza.

La investidura es resultado de una dinámica infatigable del diálogo permanente que nuestra comunidad efectúa con los estudiosos contemporáneos del pensamiento.

Invitación a la filosofía, de André-Comte, es una obra enfática “en señalar a las universidades como defensoras de la laicidad del Estado” y ha alcanzado una invaluable “resonancia en universidades de México y de gran parte de Iberoamérica”. Su reflexión metódica e incesante permite “rescatar la ética de las virtudes y la espiritualidad no religiosa”, con un pensamiento que debate la exclusividad de la filosofía en gremios universitarios y devuelve su pertenencia a la humanidad.

Hablar de esta obra extensa, variada, trascendente y de grandes aportaciones éticas a la comprensión de nuestros días, resalta en el contexto del país con el mayor número de premios Nobel de Literatura, un quinto de los cuales no nació en territorio francés, dimensión de una patria que se nutre de las libertades de sus hijos.

La vasta escritura de Comte-Sponville resulta fascinante en nuestras latitudes porque reflexiona con claridad sobre temas de la vida cotidiana en un planeta globalizado no exento de contradicciones dolorosas, un planeta que se debate entre la tecnología de los egoísmos y el fortalecimiento de la sociedad del conocimiento al servicio de la humanidad.

Su nacimiento ocurre en 1952, un año de contraluces para el idioma francés, para su cultura y su filosofía: muere Paul Éluard –pero no sus libertades– y también el no menos universal François Mauriac obtiene el Premio Nobel de Literatura. Son improntas en su meditación. Igual que trasluce su paso por la Escuela Normal Superior de París, la cual nos ha prodigado a los Nobel Henri Bergson y Jean Paul Sartre, así como a

Michael Foucault, Jacques Derrida, Simone de Beauvoir y otros autores que avivan el pensamiento actual de nuestra región. Con respeto, me permito destacar a Louis Althusser, su gran maestro y amigo.

En su prolija obra existe un amplio conversatorio con Platón y Aristóteles, con los latinos Epicuro y Lucrecio, así como con los clásicos modernos Spinoza y Nietzsche, sin desdeñar a Marx o a Engels.

Para traducirnos su bagaje filosófico y perspicaz hermenéutica, recurre tanto a la tradición minimalista de Montaigne, Pascal o La Rochefoucauld como al ensayo de rigurosa metodología.

Sus lecturas sedimentan una visión racionalista, humanista y materialista –como él define su pensamiento–, pero con notable genialidad y generosidad para aportar nociones frescas a las ciencias de la salud y de la vida, en temas como biometría y nanotecnología. Pero también penetra en los meandros de la civilización actual cuando cuestiona la moralidad del capitalismo o cuando razona en torno al derecho a morir con dignidad.



¹ Mensaje pronunciado durante la entrega del Doctorado *Honoris Causa* UAEM al doctor André Comte-Sponville en la Casa de México en Francia.



Fotos: Gastón Pedraza

Cimenta su literatura en un lenguaje nítido al servicio de amplios públicos que revela a un autor comprensible, tanto para los muchachos en las redes sociales como para el académico ávido de profundizar en la búsqueda de conocimiento innovador.

En justa ponderación de tantos atributos, la Universidad Autónoma del Estado de México observa notables aportaciones universalistas en el conjunto de la obra del doctor André Comte-Sponville, que contribuyen a dar luz sobre el instante cósmico de la humanidad.

Reconocer y testimoniar todo pensamiento que permite ampliar el horizonte de nuestra especie es una obligación académica que nos distingue ante la sociedad; es una exigencia entre pares que acentúa la virtud de la sociedad del conocimiento y es un tributo al sacrificio individual de quienes marcan derroteros nuevos.

Reconocer a los grandes maestros es una forma de la felicidad. Con inevitable inmodestia declaro que,

por el simple gozo del diálogo íntimo, he leído —no con el exceso que yo desearía— a tres autores que campean en mi librero: José Saramago, que acompañó mis soledades durante el doctorado en la Península Ibérica; Gabriel García Márquez, que acompaña mi juventud recurrente, y André Comte-Sponville, que aconseja muchos de mis discursos para la comunidad universitaria.

La estética de los tres confluye en la inasible felicidad. García Márquez la asocia con el amor que es panacea y asegura: “no hay medicina que cure lo que no cura la felicidad”. Saramago, que la reflexiona en su refugio de Lanzarote y la intuye en aquella isla cuando siente que “el espíritu entra en una especie de trance; crece, se dilata, va

a estallar de felicidad. ¿Qué más resta sino llorar?”, y en esta afinidad, Comte-Sponville propone que, para describir y hallar la felicidad, “hay que comenzar por la desesperanza”. Como este último afirma, la filosofía es “pensar sobre la propia vida y vivir el propio pensamiento”.

En la complejidad del mundo actual donde se cuestiona incluso la validez de la enseñanza de la filosofía, autores comprometidos como Comte-Sponville son demostración viva de que esta disciplina es la respiración más profunda de cualquier individuo, sociedad o academia.

En su obra hallamos paralelismos conceptuales entre la búsqueda del conocimiento y la de la felicidad. Ambos conceptos, Felicidad y Conocimiento, son una búsqueda amorosa y una espera apasionada. Son un hallazgo, un descubrimiento y una invención. Se expresan en la verdad, la plenitud y la entrega absoluta del Ser a sus intereses cosmológicos.

Buscar el conocimiento es una felicidad en las universidades y conduce al conocimiento y a la vida, por ello agradezco la apasionada defensa del laicismo en las universidades que ha emprendido el doctor André, así como su compromiso ético frente a la religión y a la enseñanza de la filosofía. 



Alfredo Barrera Baca es rector de la Universidad Autónoma del Estado de México, institución en la que también se desempeña como profesor e investigador. Es licenciado en Psicología por la UAEM y doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Barcelona, España.

